

"Al Maestro con cariño"

Un encuentro con Hugo Ratier



María Inés Pagano¹ y Hugo Ratier²

doi: 10.34096/runa.v43i3.10291

1 Investigadora independiente. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
Correo electrónico: mipclima@gmail.com
 <https://orcid.org/0000-0002-1966-7193>

2 Profesor Emérito. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (UNICEN) – Instituto de Investigaciones Antropológicas de Olavarría. Olavarría, Argentina.
Correo electrónico: hugo.ratier@gmail.com

Resumen

Presentamos una aproximación a la trayectoria de Hugo Ratier, a partir de un encuentro personal donde destacamos sus vivencias y compartimos cómo éstas lo acercaron a la Antropología que luego practicó y transmitió. Este breve recorrido se inicia con mi encuentro como estudiante de la carrera y luego integrante de uno de los equipos de investigación dirigidos por Hugo, a quien considero un *maestro*. Continúa evocando su proximidad y experiencia —desde niño— con la diferencia, y allí se presenta como una figura central su tío Carybé. Finalizamos esta presentación con una selección de fragmentos tomados de sus libretas de campo del viaje que emprende en el año 1956 —cuando aún no era antropólogo titulado— a San Salvador de Bahía (Brasil), a partir de su interés por las religiones afro-brasileñas.

Palabras-clave

Maestro; Diferencia; Antropología; Carybé; Viaje

"To the master with care". An encounter with Hugo Ratier

Abstract

We present an approach to the trajectory of Hugo Ratier, based on a personal encounter in which we highlight his experiences and share how they brought him closer to the Anthropology that he later practiced and transmitted. This brief journey begins with my meeting as a student and then a member of one of the research teams led by Hugo, whom I consider a *master*. He continues to evoke his proximity and experience —since he was a child— with difference, and there his uncle Carybé appears as a central figure. We end this

Key words

Master; Difference; Anthropology; Carybé; Trip



presentation with a selection of excerpts taken from the field notebooks he wrote during the trip he undertook in 1956 — when he was not yet a qualified anthropologist — to San Salvador de Bahía (Brazil), based on his interest in Afro-Brazilian religions.

“Ao mestre, com carinho”. Um encontro com Hugo Ratier

Resumo

Apresentamos uma abordagem sobre a trajetória de Hugo Ratier, a partir de um encontro pessoal, onde destacamos suas experiências e compartilhamos como elas o aproximaram da Antropologia que depois praticou e transmitiu. Este breve percurso começa com o meu encontro como estudante do curso de graduação e mais tarde membro de uma das equipes de pesquisa lideradas por Hugo, que considero um *mestre*. Ele continua evocando sua proximidade e vivência — desde criança — com a diferença, e aqui seu tio Carybé aparece como figura central. Concluimos esta apresentação com uma seleção de fragmentos retirados dos seus cadernos de campo da viagem que empreendeu em 1956 — quando ainda não era um antropólogo formado — a Salvador da Bahia (Brasil), devido ao seu interesse pelas religiões afro-brasileiras.

Palavras-chave

Mestre; Diferença; Antropologia;
Carybé; Viagem

Porque así considero a Hugo Ratier; un *maestro*.

En el año 1985, cuando era alumna de aquella primera versión del Ciclo Básico Común que reemplazó los exámenes para ingresar a la Universidad de Buenos Aires, uno de los profesores de la materia Problemas Filosóficos lanzó la siguiente frase que aquí parafraseo: el burócrata se impone, el maestro se expone. Tantísimos años después la traigo a este escrito porque, luego de haber tenido a Hugo Ratier como profesor, y más tarde haberme honrado con su amistad, elijo definirlo como *maestro* en aquellos términos. Un *maestro* cuya autoridad emana no sólo de su conocimiento, sino también de ese exponerse como persona al compartir de manera generosa sus saberes; saberes académicos y extraacadémicos. Como en aquellas charlas “sobre la vida” que se daban en el encuentro con sus alumnos, a pesar de que en apariencia su contenido no tuviera que ver con el quehacer específico, sin embargo, lo comprendía. Una de sus preocupaciones era la de acercar a quienes estábamos en tiempos de formación académica a la práctica de lo que sería nuestra futura profesión y, en cada uno de sus seminarios, nos alentaba a hacerlo. En este sentido, tenía la oficina 401 siempre abierta para aquellos que manifestaran interés en iniciarse en la investigación; sólo había que llegar hasta el 4° piso, anunciarse y entrar. Una de las prácticas más extraordinarias, en el sentido de nada habituales y por ello muy sorprendentes, era la de compartir las libretas de campo. Todos accedíamos a las notas de los miembros del equipo; se trabajaba con el aporte de todos y para todos. De su condición de *maestro*, una de las cualidades que más aprecio es su capacidad de transmitir ese tan delicado *hacer* del antropólogo en el campo sin gestos grandilocuentes; su *estar y hacer* en los grupos como si se tratara de uno más ¡y vaya que todos éramos bien conscientes de lo lejos que estaba de serlo! Finalmente, quisiera agradecer el *convite* a participar

de este homenaje a quien fuera, y sigue siendo, mi *maestro* en el "oficio" de la Antropología.

"No era antropólogo ni pensaba ser..."

Hugo Ratier: En el prólogo de mi último libro, Ricardo Abduca destaca mi condición; la de hombre del interior. Yo nací en La Pampa, aunque no conocí La Pampa hasta mucho después. Viví en Río Negro, en el Chaco y después en Buenos Aires. Poco después de que salí del área patagónica empecé a notar la existencia de *otros*. En el Chaco era muy evidente, porque el Chaco era muy correntino, digamos que culturalmente era muy correntino, se hablaba diferente, se pronunciaba la "elle" y no la "ye". ¡Y había una bronca, en general (estoy hablando de un chico de diez o doce años) con respecto a los porteños! El porteño era "el malo de la película". Uno podía pelearse con un porteño, porque era porteño. Toda esa diferencia, que viví en el Chaco... De repente vengo a Buenos Aires. Cuando llego a la capital, el extraño era yo, y sentí la diferencia respecto de los que venían del interior y todo lo demás. Me puse a pensar en eso. Es decir, no como una diferencia irrenunciable, sino como una manera de ser; traté de lidiar con todo eso.

María I. Pagano: ¿En qué edades?

Hugo Ratier: Diez años; a los diez años llegué a Buenos Aires. Hasta los doce creo que me integré bastante bien, pero no tuve grandes amigos acá en la ciudad. Había mucha animosidad en los chicos de Buenos Aires; había "barras", "banda", los de un barrio se peleaban con los de otro barrio en términos bastante crueles. Yo eso nunca, yo nunca me adscribí a eso, más bien, estaba mucho tiempo encerrado en casa tratando de ver *lo otro*. Creo que esa fue una de las primeras maneras de entender que había *otros culturales* y cuál era el valor que tenían esos *otros*. Eso por un lado. Por otro lado, la presencia de un tío pintor, Carybé, que terminó sus días en San Salvador de Bahía (en Brasil). Viajaba mucho, llegaba, a veces regresaba a Buenos Aires y traía cosas exóticas, como por ejemplo arcos y flechas de indios o un "guarda calzón", que es una especie de delantal de cuero que usaban los gauchos, valorizando esos elementos exóticos. En la casa de mis tíos había muchos elementos de esos, sombreros, bastones, espadas; o sea que *lo extraño* era algo que siempre estaba dándome vueltas en ese momento. Recuerdo sí, cuando salí de Buenos Aires, al interior. La primera vez fue a Córdoba, donde mi abuelo tenía una casa. Un primo mío, el cual fue muy amigo, tenía muy buena relación con nosotros y, ahí, en Córdoba también, él era amigo de los chicos que alquilaban burros. Para ellos el turista era el *otro* directamente. Estábamos más con esos chicos que con los turistas de esa zona, es decir, con el *nativo*. Después, cuando a los catorce años estuve en el delta del Paraná, en una familia de isleros, con el mismo primo mío con el cual habíamos estado en Córdoba, me integré completamente, sin el menor esfuerzo, directamente. Bueno, tuve que aprender a remar, porque si uno no rema, no se mueve. Acompañé expediciones de caza de carpinchos y demás. Nunca cacé ninguno, pero más o menos entré en un grupo que era "cazador-recolector". Los entendí bastante y nos dimos muy bien ¡Nos dimos muy bien! Años después, cuando yo me fui, cuando volvía a la isla, el patriarca de esa familia —una familia enorme, de catorce hijos— venía a charlar conmigo, porque este hombre había migrado a San Fernando y a Tigre, pero no aguantaba el estar mucho tiempo lejos del río. Me lo dijo; tenía que volver. Entonces algún fin de semana iba a cazar y a pescar. Bueno,

en ese grupo yo me sentí integrado. Los turistas, que también siempre eran el *otro*, me confundían con la gente de la isla, pensaban que yo era de la misma familia, iba a la escuela ahí, etcétera, etcétera. Bueno, esas fueron un par de entradas para entender al *otro*. Después tuvo que ver también mi inserción en temas musicales. Me gustaba mucho la música brasilera, aprendí a tocar pandero, aprendí a cantar en portugués, entré a lo brasilero por la música directamente y, allá por mis dieciocho años, entré en contacto con latinoamericanos aquí: colombianos, peruanos, venezolanos. Yo hacía música brasilera y hacía percusión, y todavía de vez en cuando lo hago. Y ahí empecé a leer Antropología, a leer bien “*El hombre y sus obras*”. Empecé a leer mucho a Linton; lo leía por afición, porque me interesaba esa cuestión. Empecé por el lado de las religiones afro-brasileñas; me interesaba enfrentar esa temática, sin prejuicios, tratando de entender.

María I. Pagano: ¿Y ahí tiene que ver tu tío Carybé?

Hugo Ratier: Muchísimo, muchísimo. Lo primero que leí fue “*El negro brasileño*”, de Arthur Ramos. Me fascinó el tema de la religión. Leí otros libros más. Además, la manera en que Carybé se enfrentaba con el *otro*. Eso era notable. Él estaba siempre a la altura del *otro* siendo como era: pintor, intelectual ¡qué sé yo! Incluso él estudió las religiones afro-brasileñas desde dentro, se incorporó. Nunca —digamos— traicionó los secretos de la religión; eso no. Eso no se contaba, y bueno, yo en esa época —estoy hablando del año 1956— fui a Bahía por primera vez. Había leído mucho sobre las religiones. Bueno, con mi tío Carybé anduvimos por los templos de los *terreiros*, en Salvador, en Bahía. Hace poco me encontré con las notas del cincuenta y seis; no era antropólogo ni pensaba ser, esa era la cuestión. Y bueno, ahí aprendí a acercarme a la gente, con respeto, tratando de entender, directamente. No me servía la visión que pudiera tener un señor blanco en Salvador sobre la religión, sino que me interesaba lo que esta gente tenía.

María I. Pagano: Hay —pensaba— como una trayectoria “al revés”. Llegás a la academia después de un recorrido personal muy propio. Las inquietudes estaban antes y la experiencia de vida de estar en distintos lugares y ya, de alguna manera, mirar como antropólogo, o pensar como antropólogo, antes de, tal vez, saber si existía tal cosa...

Viaje a Bahía – Libreta 1 – Hugo Enrique Ratier (1956)

Al recibir la propuesta de elaborar un texto para la revista *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre* que se acercara a Hugo desde una perspectiva más personal, recordé que tenía algunas de aquellas viejas libretas de campo —de hule— que Hugo días antes me había acercado, en donde deja registrado su primer viaje a San Salvador de Bahía, cuando él no era aún antropólogo titulado. Transcribo a continuación pasajes de una de aquellas libretas, ya que encontré en esas notas una escritura que logra integrar la rigurosidad requerida por el registro etnográfico y la belleza literaria.

Enero 6

Allá a lo lejos se divisa una islita y algo blanco. Es Santos. Gran expectativa. Por fin entramos. [...] yo emocionado y con una curiosa sensación de familiaridad, todo me

parece conocido, casi diría que llegué a mi tierra después de un viaje. A los costados del pequeño mundo que es el buque, el Brasil grita su mensaje de color y alegría. Casitas de techos rojos, palmeras y negros, negros con su andar bamboleante, de todos los matices, carbón, chocolate, café con leche... Es lento el atraque, del mar azul purísimo pasamos al río, al puerto feo, como todos los puertos del mundo.

Enero 9

Por fin entro en Bahía. Tomamos un ómnibus hasta el plano inclinado, una especie de tranvía triangular, y subimos a la ciudad alta. Allí el tranvía nos lleva a río Vermelho [...] Negros, palmeras, subidas y bajadas, tierra roja en violento contraste con el verde intenso de pasto y árboles.

Enero 12

Fiesta de Bonfim (...) El ómnibus nos dejó al pie de la ladera, un río de gente subía hacia la iglesia. Carritos adornados con papeles de color, jinetes y cabalgaduras adornados, banderitas brasileñas, bahianas en su ropa típica y un batir de tambores allá arriba. Alrededor de la iglesia el pueblo festejaba a su modo al santo. Vimos los pots de agua, cántaros altos con flores, pero no alcanzamos el lavado.

Era mi primera fiesta bahiana y mi deseo era meterme entre la gente y hacer mi fiesta particular, mezclarme sin parecer turista, sin hablar en otra lengua.

Había rueda de samba. Dos tambores con parche de piel de serpiente y un instrumento redondo de metal con rayitas en el borde haciendo las veces de reco-reco. Batí palmas con ellos mientras veía las negritas danzar, caminando apenas y moviendo todo el cuerpo. Era enloquecedor. Pero donde me quedé más tiempo fue en la rueda de capoeira. A fuerza de paciencia y codo llegué a la primera fila al lado del tocador de birimban y los pandeiristas. Es estupendo, todo es en broma. Va el pie hacia la cara del otro sin tocarlo, caen blandos, socarrones, algunos jugando siempre con la sonrisa en los labios, horas enteras, aguantando dos, tres y cuatro rivales.

Enero 15

También lo pasé en casa [...] y a la noche ¡por fin! Fui al candomblé. Primero rumbiamos con Carybé, [...] para el lado de Amaralina. Allí nos metimos por un caminito que bordea el morro, hasta la orilla del mar. Es un lugar lindo, sobre todo a esa hora del atardecer. Nadie, solo palmeras, el mar, islas de veras y una nube disfrazada de isla con volcán y todo. Nos pusimos panza arriba para mirar el mundo al revés. El cielo se hizo mar y vice-versa. Parece mentira, pero es maravilloso.

Cenamos, y al candomblé. Como el tranvía no venía fuimos caminando. Carybé contaba cosas de tiempos idos, y a nuestro lado se acababa la ciudad, comenzaba el morro y enseguida de nuevo algunas casas. El "bondi" apareció largando chispas azules, ruidoso como solo en Bahía... Subimos, entre esa mezcla de selva y ciudad, sigue el riel, y por último bajamos. Allá, de la punta del cerro llega un rumor de tambores. Es la fiesta de Oshalá y los negros pasan vestidos de blanco, de nuevo los trajes solos, sin gente dentro. La escalera, sí así puede llamarse, está cavada en la tierra roja, un largo bambú sirve de pasamanos. Sube que te sube, llegamos con la lengua afuera. El local es amplio, de barro cocido, pero el terreiro está pavimentado con parquet y ladrillo. Del techo cuelgan papeles cortados en flecos, blancos, de acuerdo al color del santo. Entramos, Carybé ya está en su puesto de Ogán, a poco un negro nos hace señas y pasamos adelante con Vivaldo. Allí me presentan al alabé principal, tocador de atabaque y encargado de "tirar as cantigas". El ruido es ensordecedor, trepana los tímpanos,

pero el ritmo sube por la sangre y eriza la piel. En el centro, las filhas de santo bailan y cantan. Las hay de todas las edades, desde negras velhas con motas canas, hasta una niña de ocho o diez años. Todas hermosas en su ropa blanca, de polleras almidonadas. Algunas visten ropa de calle, también blanca. El ritmo sigue implacable. De pronto una cae. El santo llega de África y le quiebra el cuerpo para adelante y para atrás. Las auxiliares corren a sujetarla. Pasada esa especie de ataque, el orishá baila. Los tambores marcan un camino de hierro del que la mujer no podrá salir. Poco a poco otras caen en el mismo estado, danzan exhaustas, hasta que los atabaques comandan y son llevadas a la camarinha. Las voces de las negras son estupendas. Cuando la voz ronca del alabé marca la canción, el agogô da el ritmo-guía y los tambores hacen oír su terrible voz de cuero sagrado, surge el canto de una negra como un hilo de oro, en medio de los bajos. Hace subir algo por la espina dorsal. Lo que siempre es inexplicable. Canto con ellos los estribillos, pero la voz se me queda en medio de la garganta y sale turbia, entonada sí, pero desconocida, cosas. Carybé y Vivaldo saludan a los orishás con las palmas al frente. Los imito por las dudas. Hay algo emocionante en todo esto. Una prueba de que la cosa no es fingida. Aún me queda algún recelo de hombre diz que civilizado. Pienso ¿es posible que esta gente, que yo veo todos los días, vendiendo comidas, manejando camiones, viviendo normalmente por las calles, crea sinceramente en esto? Y hay una señora ya anciana, su hijo está en el agogô. De pronto ella cae en santo. Se quiebra, reacciona y baila con los ojos cerrados. El hijo apura el ritmo. Una fuerza extraña, superior a ella, mueve a la viejita, y el hijo canta, la mira con ojos extraños. Ambos están presos en el mismo sortilegio. Y veo que los dioses de África aún tienen fuerza sobre su pueblo.

Cuando el santo tarda, los tambores se ponen frenéticos, eso ya no es ritmo, es locura. Un tum-tum acelerado apura los pasos de las filhas que caen a poco, vencidas (¿o triunfantes?). La magia aquí es algo palpable, se siente flotando en el ambiente, untándolo a uno como una manteca pegajosa.

Cuando todos están poseídos por el santo, solo quedan dos novicias en el terreiro, y las que no consiguieron unirse a los dioses. Los tambores baten su saludo a todos los orishás, y nos ponemos de pie. El canto es monótono, hay un estribillo que repitimos. De pronto, comienzan a salir los orishás, encabezados por Oshalá, el dueño de la fiesta. Sale en su forma de Oshalufán, el viejo jorobado y enfermo, apoyado en su bastón con un pajarito en la punta. Cubre su cabeza un casco de metal también, del cual caen unas cintas o cadenillas que tapan su rostro. Atrás van desfilando los otros. Ogún, empuñando su espada con gesto guerrero, Yansan con la oreja izquierda tapada, hermosa y sensual, Oshumaré, Omolu, señor de las enfermedades, Oshósi, buscando caza con su arco y flecha.

Cada uno saluda a la mãe de santo, a los tocadores de atabaque y a los ogaus. Abrazo una y otra vez a los dioses de África. Es realmente emocionante.

Luego comienzan las danzas de cada uno. Con los ojos cerrados las negras danzan, guiadas solo por el orishá, sin tropezar con nadie Yansan larga de vez en cuando un grito agudo, salvaje, terrible. Es la danzarina más notable, realmente bella, moviendo los brazos como serpientes retorciéndose. De vez en cuando caen al suelo y hacen una danza de rodillas que es una belleza. Entran varias niñas de la sociedad y un matrimonio yanqui. Ambos mastican chicle sincronizadamente, miran con caras inexpresivas lo que ocurre.

La danza sigue, pero acabada la de Yansán, nos vamos. Vuelta por el camino oscuro, después de resbalar varias veces en la bajada del morro.

Palabras finales

Concluyo este modesto y probablemente incompleto escrito respecto de un *maestro* como Hugo diciendo que su trabajo como formador de investigadores —y en particular de trabajadores de campo, aspecto central de nuestro quehacer—, lo asocié desde el inicio a la figura del orfebre, pues con la misma delicadeza y de detalle que requiere el mencionado oficio modeló a quienes tuvimos el privilegio de participar sus clases y equipos de investigación.

Por último, quisiera mencionar aquí la producción bibliográfica de Hugo Ratier, dentro de la que considero un aporte fundamental las siguientes obras: *Villeros y villas*; *El cabecita negra*; *Pobladors bonaerenses, vida y milagros* y, finalmente, *Antropología rural argentina. Etnografías y ensayos. Tomo I y Tomo II*, a la que estimo como la obra definitiva de su extensa y fecunda trayectoria profesional.

Agradecimientos

Agradezco a Mariela Eva Rodríguez y a Ana Cecilia Gerrard por la invitación a participar en este *dossier*.

Biografías

Hugo Ratier se graduó como antropólogo en la Universidad de Buenos Aires en 1964 y, en la década del ochenta, realizó cursos de doctorado en el Museo Nacional de la Universidad de Rio de Janeiro. También en Brasil, se desempeñó como Director de Grado y Posgrado en la Universidad Federal de Paraíba (1977-1985). Entre 1973 y 1974 fue director del Departamento de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Dictó allí seminarios sobre Antropología Rural y ejerció como Profesor Consulto. En la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (UNICEN) lideró el grupo fundador de la Facultad de Ciencias Sociales de Olavarría (1988), donde se desempeñó como director de carrera de Antropología (1987-1993) y del Instituto de Investigaciones Antropológicas de Olavarría (1987-2012); espacio al que continúa ligado como Profesor Emérito. En 1985 fundó, junto a otros colegas, el Núcleo Argentino de Antropología Rural (NADAR), del cual es su presidente.

María Inés Pagano es Licenciada en Ciencias Antropológicas (Orientación Sociocultural), por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Integró el Equipo de Antropología Rural dirigido por Hugo Ratier entre 2001 y 2018 y se formó en dicha especialidad. Participó como adscripta en el Seminario de Antropología Rural en los años 2006-2007 y, actualmente, es miembro de la Comisión Directiva del Núcleo Argentino de Antropología Rural (NADAR).

Obras citadas

- » Ratier, H. E. (1956). *Viaje a Bahía, libreta de campo N° 1* [manuscrito no publicado].
- » Ratier, H. E. (1972, 1976). *Villeros y villas miserias*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- » Ratier, H. E. (1972, 1976). *El cabecita negra*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- » Ratier, H. E. (2004, 2009). *Poblados Bonaerenses, vida y milagros*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: La Colmena.
- » Ratier, H. E. (2018). *Antropología rural argentina. Etnografías y ensayos. Tomo I y Tomo II*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad de Buenos Aires.

